
Buenos Aires ramoniana

Blas Matamoro

Este pobre mentecato
se las da de literato.

ANÓNIMO

Un par de veces estuvo Ramón en Buenos Aires: en 1931, en viaje de conferencias, y a partir de 1936, urgido por la Guerra Civil Española, hasta su muerte en 1963. Puede decirse que pasó en la capital argentina las tres últimas décadas de su vida. Por ser, justamente, las postreras, resultan las más expresivas como destino. Y en Ramón hay cierta confianza en el destino como fuente de significación, lo cual se vincula fuertemente con su concepción de la literatura. En efecto, escritor es quien se pone a escribir como quien escucha una voz ajena, confía en ella y la transcribe. Tal vez su afición a las caracolas de mar, que emiten una borrosa música lejana apenas las acercamos al oído, tenga que ver con lo anterior. Las últimas voces de su obra, llenas de ecos como nunca, las escuchó Ramón en Buenos Aires.

Contexto

Estos años son, en la historia porteña, abundantes en cambios y convulsiones. Más de éstas que de aquéllos pero, en cualquier caso, con parecida apariencia. Si en 1931 Buenos Aires estaba afectada por los efectos de la Gran Depresión, con sus orillas habitadas por desocupados, en 1936 estaba a punto de salir a otra cosa. La Argentina, país escasamente industrial, padeció en menor medida la crisis, que golpeó más duramente las economías más desarrolladas. En 1937 ya se advierte la recuperación, que se acentuará durante los años de la Guerra Mundial, cuando la economía argentina hace muy buenas diferencias de cuenta corriente en su carácter de país neutral, es decir teniendo como compradores a los dos bandos en conflicto.

La guerra impone, a su vez, una caída de las importaciones, que deben ser sustituidas por producciones locales. La ciudad se va industrializando, con rapidez y gracias a equipos de segunda mano, improvisación y la gran virtud nacional: considerarse excepcionales, diferentes y raros, capaces de cualquier cosa. Paralelamente, la inmigración interior altera la apariencia criolla, europea de América, y va «oscureciendo» la piel urbana. La masa obrera, en especial cuando la guerra se inclina a favor de los aliados, es decir la Unión Soviética, produce cierto pánico en la dirigencia. La respuesta es el golpe militar de 1943, de orientación fascista, de cuyo gobierno surgirá Perón, presidente de la Nación entre 1946 y 1955. De ahí hasta la muerte de Ramón, la inestabilidad entre mandatos civiles y golpes militares, constituirá la curiosa norma. Los años de prosperidad generados por la guerra duran hasta 1950 y luego siguen breves periodos de crecimiento y depresión que serán la característica de la vida económica argentina hasta hoy.

Culturalmente, Buenos Aires conoce cierto esplendor. En buena medida porque la guerra española lleva al exilio a los prin-

cipales editores, que convierten la ciudad, por dos o tres décadas, en la capital del libro en español: Espasa-Calpe, Losada, Sudamericana, Emecé, Santiago Rueda, Bajel, Poseidón, son todas empresas de origen español. A la vez, el cine argentino conoce su época de oro, por razones comparables. En el país se filman películas castizas, habladas en el *argentino* de los barrios urbanos o el campesino, y también un cine dicho en un castellano ecléctico, a menudo adaptado de novelas europeas, incluidas las españolas. Este cine absorbe mucha mano de obra venida de España, provista por la emigración de la guerra donde se mezclan los dos bandos que proclama la Madre en *Bodas de sangre*. La presencia española en el espectáculo, efectivamente, es protagónica. En 1946, por ejemplo, hay once compañías teatrales de tal origen con temporada estable, de las cuales una es de zarzuela y otra, de variedades. Es decir que la Buenos Aires que halla Ramón está especialmente *re-hispanizada*, aparte de sus raíces obviamente tales.

Literariamente, hay resaca de las vanguardias, lo cual afecta directamente a Ramón. Por un lado, jóvenes vanguardistas de los años 1920, como Borges y Marechal, se pasan a una suerte de neoclasicismo, en tanto un par de ellos, Oliverio Girondo y Macedonio Fernández, formarán, junto con Ramón, un terceto de constantes y fieles vanguardistas. La novela argentina alcanza su madurez con Roberto Arlt, Fernando Gilardi y el propio Leopoldo Marechal. El teatro, con Samuel Eichelbaum y Defilippis Novoa. La música peculiar de la ciudad, el tango, vive su máximo desarrollo. En el campo de la llamada música erudita, Juan Carlos Paz, Juan José Castro y Alberto Ginastera sintetizan las fuentes tradicionales con el lenguaje más avanzado. Lo mismo ocurre en la arquitectura y su floreciente racionalismo, que transforma la tradicional cara parisina de la ciudad en un reflejo del Chicago de los rascacielos. Este dualismo es muy ramoniano: amor a la innovación técnica y a los rincones históricos llenos de pasado.

El anterior y apresurado panorama es contextual. Ahora conviene examinar con qué elementos del *pachtwork* se queda Ramón para tejer su propia manta porteña. Los podemos rastrear en *Explicación de Buenos Aires, Interpretación del tango* y en algunas páginas de *Automoribundia*.

Historia en dos ciudades

Las dos estancias porteñas de Ramón resultan extremadamente distintas. La de 1931 –verano en España, invierno en la Argentina– es pasajera y rutilante, en tanto la que empieza en 1936 es definitiva y trabajosa.

1931 pertenece todavía al tiempo de la Gran Depresión, lo cual no parece obstaculizar cierta vida de la cultura porteña vinculada, por partes iguales, a la mundanidad y la intelectualidad. Amigos del Arte, con su local de la calle Florida, bajo la conducción de Bebé Sansinena de Elizalde, convoca a grandes figuras de las letras y así Ramón se da el lujo de viajar en un trasatlántico suntuoso, el *Cap Arcona*, y presentarse en siete conferencias que, por la proliferación de objetos y actuaciones –globos con hojas escritas, inventarios caóticos de cosas que salen de una valija, mariposas de confección– deben considerarse los primeros *happenings* que conoce la ciudad, predecesores de los que se darán en los años de 1960, si se descuentan las extravagancias de Filippo Marinetti en la década de 1920. Ramón se codea con el surrealismo mucho más que con un futurismo que idolatra los coches de alta velocidad, los rascacielos y los ascensores neumáticos. Tiene cultura de tertulia y circula por los salones de Bebé, de la Gonnet de Rinaldni y, en especial, de Victoria Ocampo, que ese año funda la revista *Sur*, y Ramón es uno de sus compañeros iniciales. Él le ha servido de contacto con los surrealistas de París y de Bruselas, entre los cua-

les milita un joven psiquiatra llamado Jacques Lacan, que Victoria retrata con agudeza en carta a Ortega y Gasset. De esta ráfaga ramoniana quedará, entre otras cosas, el retrato que de él diseña en un poema Baldomero Fernández Moreno.

Una vaga, sorda, insistente convicción sostiene a Ramón en su otro viaje, en agosto de 1936, pasajero más que modesto en el *Belle Isle*. Es el exilio-emigración-trastierro: aunque subsista en algún lugar de España y en todos sus mapas, una ciudad llamada Madrid, su Madrid ha desaparecido para siempre, llevado por la guerra, el éxodo, los aires liberales y libertarios de otrora, la muerte de unos y el silencio de otros. No es una convicción declarada, porque le duele tremendamente declararla pero, por eso mismo, reaparece de continuo y alimenta su mirada. «La vida se me presentaba como un fantasma que desaparece con todo en un momento dado».

En efecto, cuanto contempla de Buenos Aires se convierte en referencia de Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad europea pero, sobre todo, de la primera. Es como si al mirar lo que tiene delante, quisiera convertirlo en lo que ha dejado lejos para no perderlo, volver tangible la vaporosa trama de la fantasía. Un dejo proustiano hay en esta actitud: la memoria es la ordenadora fantástica del pasado. Tenemos pasado porque tenemos memoria. El olvido acaba con el pretérito y nosotros con él. Ramón conserva en su memoria un álbum antológico de sí mismo y dibuja sus viñetas porteñas con los trazos de sus viejas postales. Y así es como la vida, aunque sea una *moribundia*, sigue en pie, paradójica y, valga el pleonasma: viva.

La Buenos Aires ramoniana es grande, americana, madrileña, barcelonesa y vale para «ver cómo se repite el mundo, aun habiendo venido a parar tan lejos [...] Encontrar la calle de Florencia, el barrio de París, un rincón de Carabanchel y, repetidamente, en los alrededores, Tetuán de las Victorias». No sólo hay referencias visuales. También busca el trasterrado olores y sabores

reminiscentes: sidra asturiana, manzanilla de Sanlúcar, polvorones andaluces, mantecados cántabros. Y sonidos: los redobles de las castañuelas que cuelgan como adorno de mercerías, jugueterías y agencias de lotería.

Con todo, la urbe le parece excepcional y no tan sólo por ese «fondo mágico» que tienen los lugares donde se está sino porque, de movida, Ramón se queda en Buenos Aires: «Me puse a vivir de nuevo como si no me fuese a ir nunca». Más aún: adquiere al llegar una categoría estándar –lo estándar es muy significativo en este hombre que se pasó la vida explorando rarezas en los rincones de lo habitual– y es la de inmigrante. Lo comenta con una sonrisa que masca cierta amargura: «Lo que ocurre al llegar a América es muy peregrino. Uno sale de emigrante –nadie cree en los turistas– y cuando llega aquí se es inmigrante». Aquí: «la ciudad más interesante y cortés de América». Se instalará en Hipólito Yrigoyen 1974, a la vuelta del *Café de los Angelitos*, esquina de Rivadavia y Rincón, refugio de payadores, cantores y letristas de tangos.

(Digresión: una temprana reflexión suya es compararse, imaginariamente, con un anónimo americano que se hubiese aquerenciado en España. Quienes hemos hecho la experiencia la podemos suscribir plenamente).

Por momentos, advierte que no está en Madrid, ciudad donde hay pocos hombres de negocios, a los cuales se los reconoce fácilmente por la calle. En Buenos Aires, en cambio, todos los hombres parecen de negocios y el paisaje humano difiere. Al revés, la Avenida de Mayo está llena de españoles que allí se juntan para saber adónde han venido a parar: a una calle previamente llena de españoles, que evoca la Gran Vía y la de Alcalá. «La Avenida de Mayo es lo confiado, lo superabundante, lo que cree que la vida es hospedaje seguro, con teatro después de la cena y terraza con aperitivo a todas horas».

Es significativo observar qué lugares de la ciudad mira y registra Ramón con mayor interés. Diría que los más interesantes son para él los sitios donde la gente se reúne, donde hace cosas en común. Uno es la confitería, de las que menciona *El Molino* y *El Nobel*, hoy inexistentes, y *Las Violetas*, felizmente restaurada y que está en un barrio, es decir que para verla hay que dejar el lugar común porteño de «pasear por el Centro». La confitería ramoniana tiene algo de salón doméstico, con gente que se instala largamente en los dos espacios estancos: el general, donde puede haber solitarios y, especialmente, las nunca demasiado bien vistas solitarias, y el *Salón Familias*, destinado a las parejas, que son familias en proyecto, y a matrimonios con niños. Ramón ve en la confitería una imagen alegórica de la vida, entendida como vida en común que se prolonga a través de generaciones.

El otro sitio privilegiado ramoniano es el opuesto: el cementerio, el lugar donde los vivos se concentran para estar con sus muertos y, asimismo, para hacerles saber que siguen vivos. Aquí, como en lo anterior, al local rumboso prefiere el de la clase media. No la Recoleta sino la Chacarita. Es tan familiar como una confitería; más que una Necrópolis, una Metrópolis donde se mezclan gentes y apellidos de muy variados orígenes, y se realiza con fuerza, por obra de la muerte, el más característico mestizaje argentino.

Entre el lugar de la vida y el lugar de la muerte hay un punto de conciliación donde acaece la soledad de la *moribundia*: es en el atardecer y en la Avenida Costanera, donde el escritor se sienta de cara al río y de espaldas a la ciudad, que parece lejana y apenas audible. El río es ancho porque es, en verdad, un estuario. La costa opuesta no se ve y el agua parece marina. Es el lugar desde donde se podrá volver pero, realmente, el lugar al que Ramón ha llegado para no volver. Allí se toma un aperitivo que sabe a Madrid y una paella que sabe a España.

La Buenos Aires de Ramón no es la Buenos Aires vistosa de las guías turísticas y las tarjetas postales. No hay en ella palacios, edificios públicos, rascacielos, teatros monumentales y monumentales cines. No se mencionan lugares que copian a Battignoles-Monceau, Manhattan Sur o los barrios portuarios de Génova. Es una Buenos Aires de término medio, de su muy característica clase media, de la «espantosa decencia» que la caracteriza pero, sobre todo, una ciudad que, visualmente, parece ramoniana *avant la lettre* y que, por eso mismo, sirve para que su mirada se instale en el reconocimiento. Ciudad de casas bajas o de apenas altos y bajos, donde cada quien hizo la suya sin mirar a los lados ni al frente y donde el resultado es una suerte de Rastro de arquitecturas: ciudad *collage*, ciudad pastiche, ciudad pegote. Parece diseñada por un aficionado al pegote como él. Cuando lo reconoce, surge la pregunta: ¿no será esta, secretamente, mi ciudad?

Argentinos

Ramón tiene con referencia a Buenos Aires pero la capital, rompeolas de todas las Argentinas, le resulta un prisma por donde mirar eficazmente todo el país, lo cual significa toda una sociedad. En efecto, la ciudad porteña funciona como un microcosmos, no tanto porque lo sea sino porque se trata de una de sus identidades imaginarias. En efecto, por sus calles se ven gentes de muy diversas variedades pero lo que más le importa es que actúen «como si hubiera una gran afición a comprender el mundo y a ver los dos hemisferios reunidos». La observación cobra especial importancia si se tiene en cuenta que los años de Ramón en Buenos Aires son los de un binarismo de oposiciones muy dramáticas: la Guerra Civil Española, la Guerra Mundial, la Guerra Fría. La visión argentina de un mundo en que las mitades se reúnen, es decir que se

vuelven a unir, es una visión imaginaria. Dicho de otro modo: un mundo unido es un invento de la imaginación argentina.

Lo advierte el escritor en algunos detalles minúsculos de la vida cotidiana porteña. No sólo porque en la ciudad proliferan objetos traídos desde lejos o imitados como tales, sino porque se instalan en lo íntimo y lo privado de las viviendas. Le llama la atención, en particular, la existencia de unos muebles que se denominan *rústicos* y que copian modelos propios de mobiliarios escandinavos, peculiares de aldeas lejanas, en las que sus compradores porteños no han estado ni estarán jamás. Lo remoto instalado en lo más interno de la casa, es lo típico de una cultura portuaria como la de Buenos Aires. Puede darse, incluso, que un mueble vagamente *rústico* defina como sala de recepción el único ambiente de la casa, de noche transformado en alcoba porque el sofá es mueble-cama y tras una cortina hay un armario-cama. En cualquier caso, se trata de un espacio que merece la atención ramoniana porque se lo denomina con la palabra *living*, inusual en España y que, rasamente, significa «el lugar donde se vive», sin división del trabajo doméstico.

Al paso, Ramón advierte algunos rasgos de comportamiento criollo, es decir del europeo americano, que le permiten hacer un retrato en esbozo. Encuentra que el trato con los lugareños es más fácil que con los españoles porque aquéllos entienden las cosas de entrada, demostrando más franqueza que reticencia. En esto, el criollo le parece distinto del indio, reservado, taciturno y enigmático, y del *gringo*, impetuoso y especulativo. Buscando un símil, el criollo le recuerda al sevillano, «sedentario y tertuliano en tierra de excepción en un clima florido y húmedo». Flotando sobre todo, escéptico pero atento, seguro de su país, con un sosiego y una medida más castellanos que andaluces y con un punto de optimismo propio del país joven, donde casi todo está por hacer y, por lo mismo, cada quien tiene mucho por hacer. Hay manías que igual-

mente definen una forma de vida. La tertulia en lo privado se convierte en conferencia en lo público, Buenos Aires es una de las ciudades más *conferenciadas* del mundo, lo cual expresa una actitud de jerarquía comunicativa. Hay ansias de escuchar al que sabe y simétricas ansias del que sabe, a ser escuchado. Otra manía porteña es el baño cotidiano, el mostrarse siempre limpio, lo que hace que el agua potable esté tan cuidada que parece agua sintética.

Viñeta aparte merece la relación de Ramón con el mate. A veces se sirve una infusión, un *mate cocido*, que le vale de triaca, pues le encuentra algo de medicinal, de lo que un porteño llamaría un ansiolítico, como para salir de graves problemas y enredos. Incluso usa el verbo *matear*, tan del gusto de un escritor afecto a los neologismos. Pero asimismo observa cómo el acto ceremonioso del *mate cebado* define a cierto prototipo argentino:

Chupando del canutillo de plata que sorbe mate en la pequeña calabaza calvada, el argentino de los campos y las estancias contempla encalmado el pasar del tiempo y pone una pausa satisfactoria en medio de su trabajo. Se le ve entregado a un acto ritual que le hace reflexionar y desdeñar. El mate le estimula y le da displicencia.

Ramón, de paso, ve a los argentinos como reflexivos, encalmados, displicentes y desdeñosos. Un ser que contempla «la paz perpetua en el más allá de lo posible». Y aún: que percibe «ver salirle las ramitas recientes al futuro». Otro español que vivió en la Argentina de aquellos años, Ortega y Gasset, observó algo similar: el argentino cree haber llegado al futuro y confunde el futuro imaginario con el presente real, lo cual lo lleva, más allá de lo posible.

Estas observaciones, impresionistas pero atentas, dispersas y fragmentarias, sin embargo se entroncan con cierta facilidad epocal en la que podemos llamar literatura argentina de la crisis, motivada por la Gran Depresión. Fija, por su parte, un trauma

imaginario de la sociedad argentina: cada vez que hay una situación crítica, se genera una literatura de la identidad, de lo que significa ser argentino. Se dio en la época de la gran inmigración, antes de la guerra europea de 1914, también en la época ramoniana a la que aludo, y se dará cuando en 2001 se produzca el impago seguido del fatídico *corralito* bancario. Ramón escribe sobre la peculiaridad argentina a la vez que otros viajeros curiosos como Hermann von Keyserling, John Gunther y Waldo Frank. Asimismo, cuando unos cuantos escritores argentinos se interrogan sobre el *Id* nacional: Ezequiel Martínez Estrada, Raúl Scalabrini Ortiz, Eduardo Mallea, Leopoldo Marechal, Carlos Alberto Erro, Carlos Astrada.

Sin duda, aunque no lo explicita, Ramón vive en la Argentina que señala, como un español lejos de su guerra civil y un europeo lejos de su otra guerra civil. Por eso percibe el país de acogida como una suerte de estanque histórico desde el cual se puede percibir la convulsión mundial con detalle pero desde la lejanía, desde el lugar no implicado. Pacífico, si se prefiere. Buenos Aires es un punto de intensa información, en parte por las comunicaciones modernas, en parte por la resaca de las sucesivas emigraciones europeas: antifascistas, judíos, republicanos españoles. Dice Ramón que en la capital argentina es posible saber más de China que en España. Es «el gran balcón de la perspectiva». Sus lugareños están «lejanos y tranquilos» respecto al mundo. Es como estar en otro mundo, como si la historia les pasara a los demás y a ellos, los porteños, se la contarán con lujo de detalles:

Sólo aquí se produce esa prodigiosa supervisión de la realidad. En Asunción, en Santiago de Chile, en otras remotas capitales de América no pasa esto y se siente que se ha entrado en embudos más o menos prodigiosos pero donde no se tiene esa vista larga que ve y que coteja.

Mugidos y protestas

Ramón sale raramente de Buenos Aires. Cuando lo hace, lo que más llama su atención es la diferencia entre el ganado vacuno europeo y el argentino. En Europa, la vaca se mimó, una por una. En Argentina, el ganado parece que ha sido abandonado a la natural riqueza de las pasturas pampeanas. La excepción son las ferias y las exposiciones, donde los animales tienen prosapia, nombre y apellido. La pregunta del madrileño es que si las vacas aguardan la muerte del matadero en los apacibles prados bonaerenses ¿por qué no hay corridas de toros? ¿Se renuncia a matar ritualmente a la res a favor de su matanza industrial?

Tras los rastros del Rastro

Una de las guías de Ramón por Buenos Aires son las casas de remates y las *compraventas*, suerte de anticuariados baratos que ofrecen objetos de segunda mano. No existió en su tiempo un Mercado de Pulgas como el actual de San Telmo, de modo que aquellos establecimientos fueron sus Rastros de sustitución. Recorriéndolos llegó a la convencerse de que si Buenos Aires tuviera un Rastro, sería «inmenso y escandalosamente suntuario». Lo más parecido que halla y con lo que se regocija *ramoneando*, es el Banco Municipal de Préstamos, suerte de montepío estatal de la ciudad.

Con el *rastreo* ramoniano llegamos a lo que sea, quizá, la almen-dra de su obra y de su órbita personal. En efecto, la estética suya es una transposición simbólica de su actividad de coleccionista y mirón. Dicho con mayor énfasis: sus vínculos con el mundo y con la muerte. «La vida es mirar» declara el *voyeur* (escopófilo se dice en castellano técnico y es una horrible palabra que a Ramón le sonaría a nombre de insecto). Por su parte, el coleccionista y el

aficionado al pegote sostiene la fantasía de que su tarea es interminable, que no se arriba jamás a la última pieza y, por lo tanto, que no habrá de morir.

De paso, dichas labores conforman una estética que podríamos adjetivar de *rastrera* por lo de Rastro pero también por lo de rastro, huella, signos borrosos depositados por la vida de alguien en un objeto de reventa. Volver a la vida las cosas en desuso pero no de modo utilitario sino como metáforas de lo que fueron, es convertirlas en obras de arte, reconocer que la inutilidad las embellece. Es ordenar en la colección el desorden del baratillo. Es definir por el nuevo contexto –la exposición, el sitio de la cosa digna de ser mirada, no tan sólo de ser vista– lo vulgar como extraordinario, de nuevo: como obra de arte. En este sentido, Ramón anticipa lo que luego se llamará *pop art* y que Buenos Aires conocerá hasta el hartazgo a partir de 1960: objetos industriales exhibidos como únicos, escobas y colchones en los museos, una vaca con las proporciones del Partenón mostrada con lujo de detalles doctrinarios por Pipo Peralta Ramos, las novelas de Manuel Puig que recontextualizan el folletín y el radioteatro. Todas estas son *ramonerías* que juegan como homenajes póstumos al inmigrante precursor.

Punto privilegiado de tales maniobras es la reconstrucción porteña del *secuestronario* que tuvo montado en diversos y sucesivos sitios de Madrid. No casualmente en él, rodeado por sus ramonerías y con paredes, falsos techos y biombos recubiertos de pegotes, se encierra para escribir sus memorias. Es el cofre del no-tiempo y el no-lugar donde la memoria reina soberana y recrea el mundo perdido en los tiempos y los lugares.

Ramón se conecta con el surrealismo y éste lo hace con el psicoanálisis, disciplina que lleva a Buenos Aires otro emigrante/inmigrante español, Ángel Garma. Y es en Buenos Aires –¿capital mundial del psicoanálisis?– donde Ramón evoca el cuarto de su abuela, donde aprendió, sin saberlo, el arte del pegote, de la vida

encofrada en un gigantesco álbum de cromos. Lo digo no por la obvia recuperación de la niñez por el artista sino porque la desposesión de la utilidad del objeto que lo torna obra estética, es la explicación que Freud da al arte: un retorno al fantástico mundo donde el deseo hallaba total satisfacción y el pensamiento mágico era omnipotente. El niño que monta una escoba y la vuelve dragón alado es el modelo del artista que pone el paraguas junto a la máquina de escribir sobre un mueble de pino y define el *opus artís*.

Ramón fue sólo en parte un coleccionista convenido, es decir alguien que reúne cosas afines, miembros de una familia dispersa que él vuelve a reunir. Así, sus pisapapeles o sus caracolas. Pero lo propio del *rastreo* ramoniano es, de algún modo, lo inverso: perderse al azar entre las cosas y encontrar vasos comunicantes entre ellas, gracias a la mirada del mirón que es el órgano privilegiado del surrealista: descubrir lo extraordinario por un abuso de atención a lo ordinario. Es, entonces, cuando la mirada del mirón crea el objeto y no simplemente lo recoge y lo guarda junto a otros de su categoría. Interviene en el mundo y, desordenando la convención, lo recrea.

Palabras porteñas

El merodeador y mirón ramoniano, amigo del garbeo por la ciudad, no sólo ve sino que escucha, con la misma atención, los mensajes desordenados de la urbe y de la gente. Sus páginas son ese registro de signos que son palabras o valen por ellas. Así como rastrea cosas que, siendo mudas, llevan indelebles llamados, escarba la pátina callejera con la misma fruición con que encuentra objetos, en busca incesante de sentidos en la red verbal que solemos denominar sociedad. Interroga y se encuentra con que los signos, a su vez, lo demandan.

A este inventor de palabras, deformaciones de los usos o francos neologismos, le pican la curiosidad, muy especialmente, los coloquialismos porteños: puede ser (quizá), nomás (exactamente), velay (un vocablo exclamativo castellano medieval, perdido en España), salivar (escupir), el vuelto (la vuelta de dinero), basurear (maltratar, despreciar), suertudo (afortunado), diariero (vendedor de periódicos), métale (insista, decídase), paquete (endomingado), papel de barba (papel de oficio), fósforo (cerilla de madera), sonar (fracasar, morir, ser aplazado en un examen), zanahoria (tonto), fricción o gresca (pelea), arrebatar una cartera (hurtar al paso, quizá reminiscencia del arrebatacapas castizo del viejo Madrid), percance (inconveniente, accidente), cochería (negocio de pompas fúnebres).

Un renglón especial es el nombre local de los alimentos, que lo obliga a unir palabras antes inusuales con sabores y olores, consistencias y colores conocidos: papa (patata), banana (plátano), maní (cacahuete), frutilla (fresa), durazno (melocotón), ananá (piña, que siempre tiene en su estudio para perfumarlo). Las inscripciones de los restaurantes le proponen otros deberes, como averiguar recetas de cocina: copetín al paso (cócteles o combinados para beber de pie), carbonada (guiso de carne con melocotón, maíz, batatas y patatas, eventualmente cebolla o puerro), asado de tira (carne de costillar), bife Chateaubriand (solomillo emparejado de filetes), salpicón (otro castellanismo clásico, presente en el *Quijote*). Sin duda, Ramón era de buen comer, acaso glotón y la lista de los embutidos que se puede extraer de sus páginas es prolija.

Las ocurrencias de los anuncios publicitarios, que pesca y repesca en los periódicos, le resultan francamente ramonianas: un grillo es un canario de verano, los precios de ensueño para personas despiertas como precios baratos o de ocasión, sastre analítico (¿sastre minucioso al tomar las medidas?), el champán de los vina-

gres (un vinagre de calidad especial), el cepillo de dientes al servicio de la sonrisa (obvio). Desde luego, parecen propuestas redactadas por Ramón. Similares ramonismos exhiben algunas chapas colgadas de los portales como enseñas de profesiones o comercios: diamantistas, plumaceros, expertos en porcelanas de la China, rejuvenecedores de pieles, revificador de perlas, mayorista en medias de cera (simulación de medias que se pintaban las mujeres cuando escaseaban las sedas durante la guerra y se utilizaban para confeccionar paracaídas). Aquí Ramón observa, entre la multitud de cualesquiera, lo raro, lo escaso, lo digno de figurar en una novela ramoniana. En general, estos apuntes al paso son los propios de alguien que habla la misma lengua pero que proviene de otro registro idiomático. Pero hay algo más y de mayor importancia: Ramón ramoniza Buenos Aires a partir del lenguaje.

Los argentinos

Una de las actitudes que se podrían adjetivar de típicas en el viajero y en el recién llegado, es observar todo lo que parece diferente en el comportamiento del lugareño. En esto, el escritor ha dejado un posible retrato ramoniano del argentino medio de ciudad.

Algo queda apuntado: manías como la higiene corporal y la conferencia, el abolengo y el cuidado de la ganadería, la promiscuidad de orígenes que se convierte en un borramiento del origen y la consiguiente obsesión por su ausencia. Aparte de estas observaciones de minucia y episodio, hay en Ramón la búsqueda de rasgos más amplios. De la gran variedad de gentes, propia de un país inmigratorio, escaso de autoctonías, surge un interés por el mundo, entendido como el espacio de donde provienen los antepasados, «como si hubiese una gran afición a comprender el mundo y

ver los dos hemisferios reunidos». En este aspecto, como en otros derivados, la mirada de Ramón está comprometida con la memoria de un mundo en guerra, si se quiere doble: la civil española y la mundial que la sucede, quizá como una segunda parte sucede a la primera. La Argentina le salta a la vista como el lugar pacífico de un mundo en guerra.

Aquí el juicio del escritor coincide con otros de su amigo y paisano Ortega y Gasset, con quien coincidió en Buenos Aires entre 1939 y 1942, especialmente a través de las dos matronas culturales de la ciudad, cuya relación no era tan apaciguada como el resto: *Bebé* de Elizalde (que vivía en la calle Ocampo) y *Victoria Ocampo* (que vivía en la calle Elizalde). El argentino de Ramón y don José es alguien que cree (sic Ramón) ver brotar en el presente las verdes ramitas del futuro. O también: haber hallado «la paz perpetua más allá de lo posible». Esta doble certeza de perpetuidad –haber llegado al futuro y hallarlo exento de guerras– hace del argentino ramoniano y orteguiano alguien que se imagina dotado de una inmóvil certeza identitaria, la que varios ensayistas de la época leen como un taciturno hueco de lenguaje (Martínez Estrada) y otros, como una pasiva actitud de espera en una suerte de advenio histórico (Scalabrini Ortiz, Mallea, Marechal). El punto conflictivo es actuar en lo imposible, es decir que hay en ambas variantes de la identidad algo utópico, el lugar de nunca llegar que se da por adquirido.

Los argentinos, en especial los porteños, tienen «esa vista larga que ve y que coteja», lo cual hace de Buenos Aires una especie de balcón expuesto a unas amplias perspectivas, un sitio abierto para observar el exterior y, en sentido contrario, de notoria hospitalidad para el fugitivo y el desterrado. Los porteños se ven «lejanos y tranquilos» respecto al mundo, tanto que corren el peligro de quedarse fuera de él. Los años darán la razón a las alarmas ramonianas.

Hay un rasgo de arraigo de Ramón en el país de llegada –no me refiero a su matrimonio con una argentina, aunque tiene lo suyo al respecto– y es su apego al mate, bien que no mate cebado, el que describe, sino el *mate cocido*, una infusión de yerba mate como remedio –tríaca lo llama– para graves problemas y enredos. Un ansiolítico, diríamos hoy. Incluso usa el verbo *matear*, un argentinismo. Viendo hacerlo a algún nativo, reitera lo anteriormente observado:

Chupando del canutillo de plata que sorbe mate en la pequeña calabaza calvada, el argentino de los campos y las estancias contempla encalmado el pasar del tiempo y pone una pausa satisfactoria en medio de su trabajo. El mate le estimula y le da displicencia.

En esta aceptación del mate como tríaca, Ramón cumple con un rasgo característico del inmigrante, ansioso de asumir un talle local en un país con muy escasos pintoresquismos. Cualquier argentino de origen europeo puede atestiguar que ha aprendido a matear en casas donde la costumbre la habían fundado unos ancestros extranjeros. Estímulo y displicencia en la escritura, Ramón los llevaba puestos y la empatía con el mate estaba servida de antemano.

Escritores

Ramón apenas muestra su relación con escritores argentinos, ninguna con los españoles que vivieron por entonces en Buenos Aires. Ve la ciudad como muy literaria pero cuyos escritores son personajes solitarios que sólo se agrupan en privados cenáculos, sin contacto con el exterior. Sus colaboraciones son con periódicos y revistas de la editorial Haynes, donde aparecen sus

greguerías y gollerías, que alcanzan vasta popularidad. Otras tareas de supervivencia son las solapas de la colección Austral, que escribe por centenares pero siempre anónimas. No existen, aunque existieron en tiempos de las vanguardias, tertulias como las madrileñas. Los banquetes aislados celebran premios y ediciones pero con carácter igualmente aislado, intermitentes.

El escritor cita a quienes conoció y a los que apenas ve por casualidad: Oliverio Girondo –a quien trató y elogió de joven, y lo ayudó económicamente al llegar de España–, Mallea, Larreta, Lynch, Borges –quien prefirió la tertulia de Cansinos Assens en el *Colonial* de la Puerta del Sol en vez de la Cripta de Pombo–, Mujica Lainez, Adolfo Mitre –sin duda, por pertenecer al diario *La Nación*, propiedad de su familia–, Victoria Ocampo, ya citada, Muñoz Azpiri –que escribía los libretos radiofónicos de Eva Duarte, luego Evita Perón– y, último y principal, a Macedonio Fernández. No obstante, suelta algún elogio: «Convivo con una colmena literaria llena de hallazgos, de poesía y del más vivo porvenir intelectual». Estas palabras expresan poco y suenan a mero compromiso.

Macedonio tiene un lugar especial, único, en su inventario. Junto con Girondo y Ramón, puede considerarse miembro del triunvirato de vanguardistas constantes, dedicados al despiece de las formas y a la experimentación con el lenguaje. Si no fuera una cursilada se podría decir que Macedonio y Ramón eran almas gemelas. Ambos podían suscribir lo que Ramón dijo de sí mismo: «Mi obra tengo que declarar que es inexistente». En efecto, de Macedonio cabe sostener que es el único escritor argentino inexistente. Escribió *Adriana Buenos Aires* y la subtítulo *La última novela mala*. Es obra paralela a las *Falsas novelas* ramonianas. Lo mismo en cuanto a sus libros «desencuadrados», puestos entre prólogos y epílogos, hechos de retazos y de páginas en blanco, lo que corresponde al fragmentarismo sistemático –si cabe este adjetivo tan poco ramónico– de Gómez de la Serna. No se trata, pues, de trozos

de un conjunto deshecho sino de fragmentos de una totalidad ausente.

Macedonio definió a Ramón «un criollo de allá», un hijo de europeos que hubiera nacido en Europa tal si hubiera nacido en América, secretamente conectado con ella, destinado –añado por mi cuenta– a instalar su intemporal no espacio en Buenos Aires. Valdría la pena hacer otro paralelo con el polaco Witold Gombrowicz, que cumplió su principal obra en la misma ciudad, a la que llegó por casualidad y habitó establemente como lugar de destino. Quede para mejor ocasión.

El contacto entre ambos fue escaso. Macedonio solía vivir en cuartos de pensión, separado del mundo literario, y pocos conocían sus números de teléfono. Cultivaba el ensimismamiento y Ramón lo respetaba, acaso para que se respetase el suyo propio. Se vieron apenas un par de veces. Ramón prologó uno de sus no libros, *Papeles de Reciénvenido*. No hizo falta nada más. Como diría el argentino, si faltase algo más, no cabría.

Tango

Ramón dedicó al tango todo un texto. Es un tema curioso en su producción porque se lo ve documentado sobre el asunto, lo que no era habitual en él. Cita obras y letras, tal vez escuchadas con atención muy especial, se diría que retenidas de memoria. Las expone en paralelo con poesías populares, españolas y criollas. Las halla de valor universal:

Subraya la tristeza de la vida, poniendo rayas musicales debajo de un texto cualquiera. Caprichudo para no ser solemne, interrumpe o pellizca la pieza musical. Es la voz de un mundo en formación, levadura de todo, fermentación de todo.

Se nota que hay una identificación personal con el tango porque, al definir a sus sujetos, parece definirse: «Los desarraigados que vuelven a arraigarse lo bailan y lo cantan». Arte de un país de inmigrantes, es natural que el inmigrante lo vea como propio. En su alternancia barroca de dolor, desencanto y pasos burlescos hay rasgos del barroquismo ramoniano. En sus versos habitan aedos del arroyo y grandes poetas. ¿Acaso habrá querido otra síntesis para su misma tarea?

Moribundia

Buenos Aires fue para Ramón el emplazamiento de su final querencia y el lugar donde pudo salvar a «su» Madrid. Madrileñizó su mirada y porteñizó su memoria. Punto agudo de su destino, se quedó allí para morir, para vivir su definitiva moribundia. En la tierra del destierro, en el ostracismo donde edifica su secuestro y escribe su *Automoribundia*, experimenta más fuertemente que nunca su secreta naturaleza de místico español para quien vivir es ir muriéndose. El secuestro deviene sarcófago mientras lo va defendiendo de la muerte porque es donde escribe. La letra vivifica antes del punto final que es el silencio.

Irse muriendo pero sin la ansiedad patética de Unamuno ni la celebración de lo creado como preludio a la inmortalidad como en Claudel o Lezama Lima. No hay promesa trascendente, la vida es un interregno entre la nada y la nada, que incita a la serenidad de esos otros místicos españoles, los quietistas. Entre tanto, se vive mirando, tratando de entender entre la espesura de la costumbre, la aparición del prodigio.

B. M.